

PRIMERA PARTE

Foto-graphos

Gracias al misterio de una fotografía, escrita con luz, cambió la vida de todos los que pudimos verla. Con la aparente intrascendencia de tres desconocidos posando muy sonrientes, apareció esa imagen en mi vida en el momento preciso, cuando indagaba la efímera historia de las comunidades agrarias en Veracruz, entre 1923 y 1945, prendida a vericuetos, cavernas y cañadas, en la sierra de Zongolica, llena de mitos y leyendas, héroes, rebeldes, bandoleros, soñadores utópicos, negros cimarrones, sobrevivientes de la miseria y de la guerra, necios obtusos, oportunistas, aventureros, fantasmas y también destellos de diversas culturas que se encontraron y enredaron, bajando hasta el litoral del Golfo de México. Era una fotografía que en un principio no me pareció importante, hasta que después de varios años en mi poder se me ocurrió revisar en la parte de atrás, bajo el marquito de cartón, en donde se acostumbraba resguardar, a veces, algunas fotografías muy antiguas. La había guardado con otros documentos, porque estaba entre ellos y no quise apartarla de sus brazos, ya que

debía de tener alguna relación con ellos. No me importaba especialmente ver cómo concurrían en ella tres personas parecidas a todos aquellos intrascendentes e insignificantes que alguna vez se aventuraron a cambiar su propio mundo, atrapados sin remedio entre el atrevimiento de otros, masa anónima, multiforme, “pueblo”, piel morena, mirada febril, cabello hirsuto, sombrero-dos, mujeres guangas, semirrotas con sus trenzas, pe-rros y pulgas, tan iguales, tan sin vida individual, cuer-pos de hambre, rostros compuestos de muchos rostros, que de pronto aparecían como clones, como muchos otros en el siglo xx, en la memoria de la luz sobre el papel. Aunque a decir verdad, mis personajes se veían, además, a pesar de su común pobreza, muy diferentes entre sí: un hombre negro, alto y flaco, un indígena mo-reno y recio de escasa estatura y otro, más joven, de piel muy blanca y ojos claros. Tres culturas, tres razas, tres representantes de mundos muy disímbolos. Eso sí era un poco extraño, y su exploración me obligó a la larga a mirar las imágenes de esos tiempos con otros ojos, a hombres y mujeres vivos, pasionales, idealistas o astu-tos, pero sobre todo de carne y hueso, reales. Los pro-tagonistas de mi foto aparecían sonrientes y en aparente armonía, imagen idílica que al presentarla ante mí o a los otros pocos protagonistas que a ella sobrevivieron, desató violentas tempestades y a mí me llevó a la más extraordinaria aventura narrativa de mi vida.

Pero no adelantemos vísperas, mientras sabo-reamos una mojarra al mojo de ajo y un “torito” bien plantado en una palapa de Mandinga. Quiero contarles cómo fue que una fotografía, vieja y desgastada, cam-bió el rumbo de mi vida gracias a la osadía que cometí

al querer comprender la vida de otros. Basta decir que para superar la enorme dificultad de contar, en un texto, la historia de tres vidas tan disímbolas, condensadas en un instante fugaz, tuve que desempolvar un viejo amor, recurrir a la entrevista de una sobreviviente de esta historia que, por cierto, no aparece en el retrato, y revisar, sabedora del privilegio caído en mis manos, el diario de un viejo negro que escapó de Cuba, esclavo, revolucionario, intelectual, maestro y finalmente símbolo de la negritud que, afortunadamente, nutre mis venas jarochoas. También logré entresacar verdades del viejo hombre que se quedó sin historia a fuerza de tanto amar y tanto odiar.

El entorno

La mirada y la transparencia que originó la imagen fotográfica que me ocupa se produjo en un entorno complicado, en un estado con altos contrastes políticos y sociales, preservador de tradiciones y castas sociales que poco trato se daban entre sí. Me llevó a indagar en el puerto marítimo más antiguo del país; la ciudad de Veracruz era, indiscutiblemente, cosmopolita y la fértil zona costera de clima tropical producía prósperas empresas cañeras, operadas por indígenas huastecos, totonacas o negros traídos, estos últimos, desde la época colonial, de las lejanas tierras africanas o más cerca, de las islas caribeñas recicladoras y productoras de esclavos, Cuba y Santo Domingo, aunque habría que agregar que estas ínsulas tan pequeñas también produjeron revueltas, revoluciones y muchos refugiados bastante inquietos, avocindados en el litoral jarocho, en las regiones de la Huasteca, Chicontepec, Papantla, Misan-

tla, la región de las Grandes Montañas, de la Llanura de Sotavento y hasta de los Tuxtlas. Había mucha riqueza, pero pocos individuos para disfrutarla, grandes aunque pocas haciendas, mientras una maraña de comerciantes deambulaban de un cantón a otro, de Chicontepec a Ozuluama, de Jalacingo a Coatepec o de Cosamalapan a San Andrés Tuxtla, por todo el territorio, a través de caminos de tierra por los que pasaban los tamemes mexicas desde épocas ancestrales y posteriormente las mulas cargadas de mercancía. Las paradas obligadas al paso, por las altas montañas neblinosas, se convirtieron en ciudades importantes como Orizaba o Jalapa. En dicho territorio sobresale una intrincada serranía que lo define y delimita, por la que pasa el tren más antiguo de México, cuya influencia se volvió determinante para el surgimiento de complejos industriales, adonde fueron a parar buena parte del resto de la humanidad jarocho, o de otros estados en similar situación, parias, indígenas, campesinos sin tierra, clase media venida a menos y obreros de toda la vida, sobre todo alrededor de Orizaba y en las inmediaciones de todas las otras grandes pero pocas ciudades veracruzanas. Todo lo demás eran, son, pueblos y caseríos, casuchas, cañadas y laberintos, cuevas y bosques, niebla y selvas llenas de lluvia; jaguares, pumas, jabalíes, mapaches, comadrejas, venados, tlacuaches, víboras, chaneques y aparecidos, custodios de la naturaleza salvaje, donde los hombres aún acostumburan rezar para poder salir con vida y las mujeres salen preñadas por seres mágicos, concededoras de extraños sortilegios. Lugares que ocultaron a héroes de la patria como Guadalupe Victoria o a negros insurrectos como el viejo Yanga, cimarrón rebelde. Y de pronto me

quedó claro que éste, absolutamente todo este escenario, era el entorno que definía y explicaba la historia de una fotografía hasta el momento anónima.

Otros signos, cuya llegada a mis manos explicaré más adelante, empezaron a condimentar con su magia el sentido de mi foto, la historia del negro, escrita por él mismo, que inicia como un golpe al espíritu moderno.

El diario de Juan Jus

Amanecí llorando la pena de mi vida, me dolía el dolor, tenía frío y hambre. Me acerqué a la perra Cibeles y ella me amamantó. [Diario de Juan Jus, fragmento encontrado escrito sobre el pedazo de una bolsa de pan y pegado al inicio del mismo.]

Atando cabos

Para empezar a atar cabos y unir los retazos de la historia, que eran como saetas que aquí y allá aguijoneaban mi curiosidad, me fui a ordenar mis ideas al puerto de Veracruz. Sentada frente al mar, comencé por revisar algunas de mis obsesiones y, ¿por qué no?, mi propio caos, el vacío de mi vida. Era un buen momento, tan bueno como cualquier otro, para atrapar mi destino, acechando a la vuelta de la esquina, sin explorar, por miedo a enfrentarme conmigo misma. Mis ancestros, deudas pendientes, retos sin acabar, huidas, sinsentidos, miedos no dichos, hoyos negros. La cronología de las comunidades agrarias, vinculada a la historia de mis abuelos, parecía un buen lugar para empezar a desenredar el hilo del laberinto. Saqué la fotografía en cuestión de entre las hojas amarillentas de apuntes y notas sueltas y me encontré de nuevo frente a un hombre ne-

gro que me interpelaba, alto y delgado, como de unos cincuenta años, el pelo aborregado y canoso, apoyado con cierto desgano en su rifle, el que sostiene entre las manos huesudas, a su lado un hombre moreno, con rasgos indígenas, mucho más difuminado entre las manchas de humedad, difícil saber su edad, circunspecto y sobrio, más pequeño que los otros, como de un metro con cincuenta de estatura, con un espeso bigote que oculta a medias parte de su cara, donde ya no se alcanza a definir la boca, los pies bien puestos sobre los pliegues resquebrajados de la película fotográfica; finalmente, al otro lado, aparece el más joven, como de un metro setenta de estatura, delgado pero recio, pecho saliente, agazapado en sus anchos hombros, ojos claros, podrían ser azules, como borrados, inexpresivos, pelo largo, cara atravesada por una fea cicatriz que sobresale al lado de la boca, sonrisa forzada, mucho más joven que los otros, los tres portan, sonrientes, una carabina 30-30 en sus manos y uno de ellos, el más joven, un viejo revólver Smith and Wesson enfundado en la cintura. A su vista, las preguntas se agolpan en mi mente: ¿Quiénes son? ¿Por qué encontré su fotografía en un viejo archivo sobre las comunidades agrarias? Las imágenes de los hombres de niebla perdidas en las estribaciones de la sierra de Zongolica me acechan, quiero saber algo más que el dato objetivo y estadístico, ¿cómo vivieron?, ¿cómo surgió su lucha?, ¿por qué después de haberse enfrentado con tanta fuerza al viejo régimen de don Porfirio, desaparecieron sin dejar casi rastro en la historia nacional de nuestros días?, ¿qué sentían?, ¿cómo amaban? El viejo archivo sobre las comunidades agrarias danzaba en torno a mi cabeza, como un remo-

lino de fantasmas demandantes, para que hablase por ellos, porque los estaba viendo, desde el pasado remoto que acechaba frente a mí. Tres personajes enigmáticos y sonrientes sostienen sus carabinas 30-30 con desparpajo. Las letras de documentos polvosos danzaban ante mis ojos sin poder atraparlas, así que preferí quedarme mirando la imagen misteriosa, jugueteando con ella, la desprendí del marco de cartón manchado de humedad y esporas grises. Y cuál no sería mi sorpresa al encontrar, al reverso, tres nombres escritos con tinta amarillenta; la cosa se ponía interesante, era casi ilegible la letra manuscrita: “Juan Jus, Jacinto Tlaneci y Hermes Barroazul. Jalapa, Ver. 1923”. Ninguno de los tres apellidos formulados con mano firme eran apellidos muy comunes y, sin embargo, ahora que los veía por primera vez, uno de ellos convocó poderosamente mi atención: ¿Barroazul? Era un apellido que además de raro, ante mi azoro e incredulidad, me era conocido. Regresé a la imagen para observar con detenimiento a los sujetos; de todos, el más joven tenía un aspecto de familiaridad, ¿Barroazul? ¡Carajo!, la vida da tantas vueltas, ¿Barroazul? ¿Cómo es posible que aparezca de nuevo frente a mí? Y recordé la cara blancuzca de un viejo compañero de trabajo, con el que alguna vez había organizado un archivo sobre los Ferrocarriles Nacionales de México, mucho antes de haber encontrado mi fotografía en cuestión, y sin pensarlo demasiado me dirigí, agitada y temblorosa, al hotel donde me hospedaba, para revisar, gracias a la perenne manía de cargar viejas agendas con teléfonos cuando viajo, mi pasado. Llegando a mi habitación me instalé bajo el enorme ventilador obsesivamente monótono, la vida es una perpetua suma de

coincidencias que nunca dejan de sorprendernos, me dije mientras la hipnótica frescura ataranta-cucarachas sonámbulas me despeinaba, sordo rumor, lejano mar, la mente comenzó a funcionar libremente, se fue por caminos desbocados, ¿Barroazul? Recuerdo su mirada de ojos azules acerados, ¡cómo me gustaba!, un tipo inseguro, prepotente, acorazado desde su frágil soberbia frente a mí. ¡Cuántas veces discutimos sobre las verdades en las que ni él ni yo creíamos en realidad! Sólo se trataba de medir fuerzas, de ver quién podía ganar. Y yo perdí, porque me enamoré de su brillante inteligencia, de su astucia mental, de su ser, como de niño desvalido retando al mundo, en fin, de su timidez disfrazada de desapego escéptico, de su respuesta rápida y mordaz. Abrí el enorme ventanal con vista al mar y me encontré conmigo, la optimista informada, la que cree que aún es posible cambiar; a pesar de su amarga resistencia la alegría de mi búsqueda se vio renovada. Pronto encontré la agenda que buscaba, mientras sudaba copiosamente marqué el teléfono, temerosa, pero deseando ansiosamente que aún fuese el de la casa de mi viejo amigo León Miguel Barroazul. Una voz ronca, adormecida, me interpeló al otro lado de la línea:

—¿Bueno?, disculpe, ¿se encuentra el señor León Miguel?

—Sí, a sus órdenes, soy yo.

—León Miguel, ¿te acuerdas de mí?, soy Josefina Amaranto —dije mientras mi corazón daba un vuelco de alegría por haberlo encontrado.

—¿Josefina?, ¿la de la biblioteca de La Ciudadela?

—La misma, ¿cómo estás?

—¡Hola, qué gusto! Desde que acabamos aquella

investigación de los ferrocarriles no volví a saber de ti.

—No, pues te desapareciste, cabrón, ni un lazo, pero ya ves, si la montaña no viene a Mahoma...

—No, pues es que he estado tan ocupado, dejé la investigación histórica, ¿si supiste?

—Me dijeron que te habías lanzado como diputado.

—Pues sí, estuve como diputado federal por Veracruz, pero ya ves, la vida da muchas vueltas y ahora soy asesor en la Cámara de Diputados desde hace ya varios años, sabes que la política siempre me interesó, es lo mío, y pues ahora estoy contribuyendo para llevar a cabo una nueva ley sobre la seguridad pública, nada más que anoche me desvelé con unos camaradas y...

—¡Ay qué pena!, ya te desperté —dije esperando que no se arrancara con una larga perorata sobre sus actividades políticas, y antes de que eso ocurriera contraataqué—, lo que pasa es que me acabo de jubilar y estoy recontactando a mis viejos amigos, ¿cómo ves? Me gustaría invitarte un café para que nos platiquemos mutuamente nuestras vidas.

—Bueno, ando un poco ocupado, pero sí, está bien, me puede servir para alejarme un poco de mis preocupaciones.

—Tú dime, si no, pues en otro momento.

—No, está bien, veámonos pronto —dijo sin estar muy convencido de qué tan “pronto” le interesaba verme.

—Y es que fíjate que me acabo de encontrar una fotografía muy antigua, en donde aparece un tal Hermes Barroazul y como no es un apellido tan común...

—¿Qué?, ¿Hermes Barroazul?, ¿cómo es?

—Pues mira, se parece a ti, es un güerito como de veintidós años, con una cicatriz junto a la boca.

—¿Dónde la encontraste? —su tono de voz había cambiado, ahora el ansioso era él.

—Entre los papeles de la Liga de las Comunidades Agrarias que tengo pendiente revisar.

León Miguel suspiró con un dejo de fastidio.

—Tenemos que vernos, ¿qué te parece en el Sanborns de los Azulejos el próximo martes a las seis de la tarde? —dijo sin tener la más remota idea de que yo me encontraba en Veracruz.

Su voz se había vuelto más ronca y se le oía preocupado. El pez mordió el azuelo, me dije, aquí hay una historia interesante.

—Sí claro, ahí estaré, te mando un beso —pero como todos los viejos amores que han dejado de serlo, nunca contestó, colgó.

Diario de Juan Jus

Diario de Juan Jus, 1914, primero de abril, día por todos nombrado como Viernes Santo, Jalapa, Veracruz [fecha en que ocurre el relato 1880]: Crecí enamorado de los ojos color ámbar de la niña Pilar. Decía la nana Fortina que cuando era un crío me vendieron como servidumbre, en la casa grande del abuelo Manuel, todos lo llamaban así, aunque para mí, siempre fue sólo “el amo Manuel”. Y no es que a los tres meses de edad pudiera yo servir de mucho como criado, pero se decía que por ser negro debían de enseñarme desde muy temprano las buenas maneras, porque ya más grande, me volvería rebelde, mañoso, sucio, y me daría por querer jalar pal'monte. No sé, a lo mejor sí, porque no se me quita

el color y algunos dicen que huelo mal, también adquirí algunas malas mañas, como robarme desde chiquillo los panecillos recién horneados por la tía Juana, o fascinarme viendo a la niña Pilar o..., pero lo que sí, es que desde que tengo uso de razón, de verdad que nunca he dejado de querer jalar pal'monte. [Nota al calce: Este diario fue escrito y organizado cuando Juan Jus se instaló a vivir en la ciudad de Jalapa, Veracruz, procedente de Cuba, como refugiado, quizá buscando comprender cuál era su identidad. Nota de Josefina Amaranto.]

Omnisciencia

Una vez instalada en la sala central del Sanborns, me acomodé a mis anchas frente a la gran escalinata de piedra en donde se encontraba, al fondo, el misterio de la *Omnisciencia*, un extraño mural cuyo significado es el perfecto y completo conocimiento que Dios tiene de sí mismo, que habla sobre los seres posibles o imposibles, como telón de fondo a las humeantes tazas de café, del pasado y del futuro, incluidas las acciones libres de los seres humanos; pensé que era una descripción que sólo Dios entendía, que hablaba del destino, incluso, si se consideraba el libre albedrío, definido por un orden superior que muchas veces no alcanzamos a entender, llámese Dios, fatalidad, la finitud de nuestro ser frente a las inconmensurables leyes macrosociales, las tendencias que determinan al ser individual, el inconsciente colectivo, ¿la coincidencia?, el peso de nuestros ancestros, el determinismo histórico, el castigo heredado por nuestros pecados, el dolor no asumido de un mundo olvidado, los fantasmas antiguos que viven en nuestras conciencias, ¿qué diferencia hay? Y me volví a mirar la

enigmática imagen al fondo, mientras alguien subía fastidiado destinándole sólo una mirada furtiva, cuando se apresuraba a satisfacer sus necesidades primarias rumbo al baño. Finalmente llegó León Miguel, con aire circunspecto y evidentemente nervioso; me levanté contenta de volver a ver a un buen amigo, pero él apenas si correspondió con unas palmaditas en la espalda, de esas que los políticos se dan a menudo con grandes aspavientos, sobre todo, si ambos pertenecen a una tribu política distinta.

—¡Hola León! ¿Cómo estás?

—Bien, bien, con mucho trabajo. ¡Pero mírate, si estás igualita! Por ti no pasan los años, ¿cómo le haces?

No pude reprimir una mueca irónica, incómoda, consciente de que los cambios ocurridos en mí, al paso de los años, eran bastante evidentes.

—No exageres, empezando por las canas y unos kilitos de más...

—Bueno, pero casi no se te notan, ¿eh? —dijo León de manera frívola y simpática, haciéndome reír de verdad—, oye —agregó—, no tengo mucho tiempo, ¿me podrías enseñar la foto que mencionaste por teléfono?, me muero de ganas de verla.

—Y qué, ¿no vas a preguntar cómo me ha ido?, porque fíjate que tengo unas ganas de platicarte mi vida —agregué disfrutando una pequeña venganza por sus mentiras, viendo la cara de angustia que mi reclamo le producía.

—Sí, claro, ¡pero no seas malita! Luego me la cuentas, ¿no? Es que creo que esa foto tiene que ver con un familiar.

—¿Un familiar?

—Podría ser mi padre —confesó finalmente.

—¡Ah bueno! Eso sí es algo interesante —dije sin poder contenerme, mientras sacaba lentamente de un paquetito envuelto en un sobre de papel la vieja fotografía— ¿Tu padre era agrarista?

—Estuvo involucrado —comentó León pensativo, mientras observaba con detenimiento la fotografía entre sus manos.

—¿Es él?

—¡Claro!, mira, y me alargó otra foto, que traía medio arrugada al fondo de su cartera de cuero con dibujos guatemaltecos, de un hombre ya mayor, como de cincuenta años, que conservaba aún la cicatriz junto a la boca y una mirada acerada de ojos claros e inexpresivos.

—Pues sí, se parecen, aunque en la tuya se ve mucho mayor, las facciones coinciden y la cicatriz es bastante parecida.

—¿En dónde dices que la encontraste?

—Estaba en un paquete que contiene documentación de la época de la Revolución Mexicana, amarrado con documentos de la Liga de las Comunidades Agrarias de Veracruz, que he guardado durante muchos años, para una investigación personal.

—¿Me la regalas?

—¿Cómo crees? —y agregué pensativa— todavía no —sonrojándome culposa por mi falta de solidaridad.

—¿Tú para qué la quieres? —agregó León empezando a molestarse.

—Quiero escribir un libro en torno a esta fotografía —confesé en el colmo del sonrojo.

Los ojos azul claro de mi amigo chisporrotearon con malignidad.

—¿Un libro, tú? ¿Acabaste por fin tu tesis?

—No, pero lo que quiero hacer ahora es una novela —dije mientras los ojos de mi amigo, por un solo instante, se abrían como platos, a punto de reír, si bien al siguiente minuto su mente analítica comprendió la situación y buscó llegar a un arreglo, con una cara propia y seria.

—Bueno, si tú escribes la novela, vas a hacer una investigación que yo tengo pendiente desde siempre.

—Sí —dije lacónica, pensando para mis adentros en la piedrota que traía mi amigo en su zapato—, si me dejas la fotografía por un rato y me ayudas a buscar algunas pistas, para descifrar quienes son los otros dos que lo acompañan, prometo dártela en cuanto tenga la historia más o menos clara.

—¡Hecho! —dijo León sonriendo—, tengo la solución. Te voy a “agendar” —soltó con ese lenguaje tan propio de un político— una entrevista con alguien que seguramente debe tener referencias de esta foto, mi tía Fernanda.

—¿Quién es ella?

—Yolotl Fernanda, para ser más exacto, me mata si no pronuncio su nombre completo —acotó con un guiño—, es hermana de mi madre, maestra jubilada y vieja defensora de la causa agrarista. Creo que está escribiendo un libro sobre ese tema, pero lo más interesante es que ella conoció la historia de mis padres muy cercanamente y es muy probable que sepa algo sobre tu fotografía.

—¡Perfecto! Si está escribiendo sobre el tema, quizás además se interese en ayudarme.

—Pues sí, tomando en cuenta que no tiene otra

cosa en qué ocuparse —añadió León con tono despectivo—, nunca se casó ni tuvo hijos.

—¡No empieces!, tú sabes que ser mujer es algo más que tener hijos y cuidar al marido —arremetí dispuesta a reiniciar la vieja disputa sobre las diferencias en nuestras mutuas identidades de género.

—Bueno, como sea —cortó León tajante—, el caso es que creo que se pueden entender bien. Ella es un personaje, conociéndote sé que te va a encantar. En cuanto a mi padre... —su expresión se fue quedando un poco pensativa, midiendo la conveniencia y los alcances de lo que iba a decir—, sé dónde vive, aunque no me gustaría tener que ver nada con él, a lo mejor tú puedes platicar un poco más con él —agregó alzándose de hombros, escéptico—, y luego me cuentas —su mirada fue triste por un segundo y luego volvió a reír—, bueno, si me disculpas, perdón por el encuentro tan breve, pero estoy seguro que será de gran beneficio para ambos. ¡Chao mi amor!, ¡pero si estás guapísima! —dijo zalameramente lanzándome un beso con la mano.

Y desapareció ante mi mirada perpleja, dejándome en la silla de madera acojinada del Sanborns, viendo cómo se alejaba.

Diario de Juan Jus

Primero de mayo de 1914, Orizaba, Veracruz [fecha en que ocurre el relato 1887]: Recuerdo que cuando tenía diez años, aprendí a entretenerme con libros de botánica, llenos de dibujos fantásticos de plantas, flores y animales exóticos que el amo Manuel guardaba con devoción en su biblioteca. Algo me decía que esas imágenes tenían que ver conmigo, mi sangre africana bullía

con los arcanos de mi origen, lejanos e insondables para mi corta infancia. Al amo Manuel le cayó en gracia mi necesidad de revisar los libros y obligó a Fuerte Brazo, el temible capataz, para que nos enseñase a todos sus esclavos las primeras letras, lo cual, muy tarde lo supo, habría de pagar muy caro.

Para mí, al igual que para mis hermanos de raza y crianza, José y Tiburcio, mulatos por cierto, con ciertos rasgos sospechosos parecidos al amo, todo fue entender los signos mágicos de la escritura y desde entonces no paramos de leer.

Lo primero que leí fue un párrafo extraño e indescifrable que decía: “Con los pies en el rosario, la cabeza blanca y el cuerpo pinto de indio y criollo, vinimos, denodados, al mundo de las naciones. Con el estandarte de la Virgen salimos a la conquista de la libertad”. Era un libelo demoniaco, por lo menos eso decían las gentes, denominado “Tres héroes”, que mi hermano Tiburcio me prestó. Fue el primer libro que cayó en mis manos, para mi desgracia, pero también para mi profundo regocijo, escrito por José Martí. No entendí ni jota al principio, pero esas letras tenían un no sé qué que me imantaba, así que lo leí y releí y desde entonces intuí, supe, que mi futuro, incomprensible, estaba escrito por otros que eran mucho más libres que yo.

El desvelo de la historia tras la fotografía Paralelo a mi encuentro con León Miguel, la búsqueda de respuestas al enigma dirigió mis pasos hacia otro de mis antiguos compañeros bibliotecarios, cuando trabajé, antes de jubilarme, en la Biblioteca México de la UNAM, conocida como La Ciudadela.